

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN SEMINARIO "AL CHILE DE HOY**  
**¿QUE LE DICE EL PADRE HURTADO?, ORGANIZADO POR EL CELAH**

SANTIAGO, 17 de Agosto de 1992.

Amigas y amigos todos:

En primer lugar, agradezco la invitación que se me ha hecho para concurrir a este encuentro, y quiero expresarles mis felicitaciones cordiales por haber tenido la iniciativa de realizarlo.

Los pueblos que no honran y no sacan lecciones de los valores de sus héroes, de sus grandes figuras, terminan por perder su propia identidad. Es en el cultivo del respeto a esas figuras y tratando de aprender de ellas el legado que dejaron, donde los pueblos vigorizan y renuevan su propia cultura y sacan lecciones y fuerzas para afrontar la coyuntura que día a día se va creando, los nuevos problemas, a veces análogos, otras veces diferentes de los que se vivieron en el pasado.

Cuarenta años después de su muerte, el Padre Hurtado sigue convocando a chilenos de distintos quehaceres y visiones a reflexionar sobre la vigencia de su mensaje en el Chile de hoy. Estos encuentros son una muestra más de que se trata de una figura de la historia de nuestro siglo, que le habla a la gente, a los políticos, a la iglesia, a los trabajadores, a los empresarios y, muy especialmente, a los jóvenes. Con todos ellos compartió durante su vida, y el testimonio de quienes lo conocieron, la

permanencia de obras que él fundó -como el Hogar de Cristo y la revista Mensaje-, sus escritos, su experiencia en el campo de las relaciones laborales y la sindicalización, revelan que era un hombre múltiple, que caló profundo en ámbitos muy diversos del quehacer humano. Ello nos habla de su vocación integradora, que tenía como eje su fe en Dios y su amor al ser humano.

Fue un hombre a la vez activo y reflexivo, de acción y de vida espiritual; un hombre íntegro, que traslucía paz interior, alegría de vivir.

Personalmente, sólo tuve una vez la oportunidad de tratar al Padre Hurtado. Lo recuerdo como si fuera hoy. Una tarde, a la hora del té, me encontré en la casa de Bernardo Leighton; no estaban más que Bernardo, la Anita y él. Yo era un hombre joven, profesional recién recibido, con muchas inquietudes, con claro sentido social, pero que vivía una crisis de fe. Y este encuentro fue para mí un testimonio muy enriquecedor. Quedé cautivado con su personalidad. Era realmente una persona de una gran fuerza interior, extraordinariamente atractiva, que comunicaba entusiasmo. Me impresionó, sobre todo, su transparencia y su sencillez.

De esa experiencia quisiera compartir una primera reflexión: la autenticidad y el entusiasmo son dos virtudes fundamentales en la vida. Ellas explican por qué el Padre Hurtado causaba tanto impacto en la gente, especialmente en los jóvenes; transmitía no sólo convicciones, sino pasión por sus compromisos; no había en él ningún atisbo de pretensión, pose o artificio; la sencillez, la transparencia, hacían de él una persona creíble, confiable. Su entusiasmo denotaba felicidad.

Es evidente que los testimonios de vida producen mucho más efecto que las prédicas y los alegatos eruditos; son esos testimonios los que contagian; suscitan no sólo admiración sino también disposición a la acción: Son esos testimonios los que generan discípulos.

El que nos diera el Padre Hurtado confirma lo que digo: se daba tiempo para pensar y para escribir. Leyéndolo me impresionó su conocimiento de la realidad; no gasta mucho tiempo en figuras literarias, en buscar el artificio para embellecer la frase, pero va derecho al grano, no escabulle temas, no cierra los ojos; todo lo contrario, veía y denunciaba lo que en su medio no se quería ver.

Pero ese realismo, a veces demostrativo de situaciones

tremendamente desgraciadas e injustas, no se traducían en pesimismo. Ante la dura realidad que describió con notable franqueza, él era un hombre de esperanza; ni ella ni los obstáculos lo amilanaban; sacaba fuerzas y buscaba respuestas; no rehuyó los conflictos; asumió con humildad las incomprendiones a su trabajo y continuó organizando a la gente, a los trabajadores, a los jóvenes de la acción católica, para enfrentar los problemas siempre con una nota de esperanza.

Su espontánea respuesta ante los escollos: "contento, Señor, contento", expresa esa permanente disposición, como también las palabras de San Agustín cuando veía derrumbarse el mundo romano que él solía recordar. Las palabras de San Agustín son éstas: "los tiempos están malos; seamos mejores y los tiempos serán mejores, nosotros somos el tiempo". Es decir, la esperanza está en el hombre mismo.

Especialmente conmovedor y aleccionador fue su compromiso con la pobreza, no en abstracto, sino en concreto: en los niños abandonados, en los mendigos, en los campesinos desprotegidos. La pobreza vista en su encarnación humana. Tal vez por esta experiencia resultó ser tan efectiva la obra del Padre Hurtado.

Es distinto ver la pobreza en cifras, o desde lejos a través de estudios; es esa experiencia de cercanía que tuvo el Padre Hurtado la que da a la lucha contra la pobreza su dimensión trascendental. Es hacer de esa lucha un acto de amor.

Indudablemente, para pueblos como el nuestro, y para gran parte de la humanidad, esa parte que llamamos "en vías de desarrollo", la pobreza es el más grande de los desafíos. Encarar ese desafío es la tarea de las generaciones actuales.

Yo no creo que debamos disculparnos con lo que no hicimos en el pasado. Creo que cada cual ha tratado de contribuir, en alguna medida; pero es evidente que el desafío permanece y nos exige a todos, y el testimonio, las lecciones, la vida del Padre Alberto Hurtado, son como un acicate que golpea en nuestra conciencia, que debe golpear en la conciencia de todo cristiano, que debe golpear en la conciencia de todo chileno, para que se pregunte ¿qué estoy haciendo yo para terminar con la pobreza, para superar la extrema pobreza, para crear condiciones de vida dignas para todos los seres humanos?

Este es un desafío de los gobiernos, de los parlamentos, del mundo político, del mundo empresarial, del mundo sindical, pero es

también un desafío de toda la comunidad. Nadie puede sentirse liberado de esta tarea.

En este sentido, recordar el testimonio de la vida del Padre Hurtado cuarenta años después de su fallecimiento, es un aliciente para que quienes no lo conocieron revivan en su corazón ese ardor que lo llevó a él a entregarse con tanto amor a servir a los pobres.

Así como a los pobres, amó a los jóvenes; puso en ellos su confianza, sembró entre ellos su semilla generosa de auténtica caridad. Refiriéndose a ellos decía: "Sólo falta una causa grande, bien claramente presentada, no sólo como una verdad intelectual sino, sobre todo, vivida plenamente por quienes la pregonan y nuestra juventud sería capaz de dejarse matar por ella, pues su capacidad de amor está intacta".

En estos días se habla con frecuencia de la crisis de la juventud. Yo creo que los acontecimientos del mundo moderno, las circunstancias que ha vivido la humanidad en los últimos tiempos, y nuestro propio país, pueden haber provocado una gran dosis de desorientación en muchos jóvenes.

En nuestro país, el reencuentro con la democracia fue visto por los jóvenes como la solución, el llegar a un mundo nuevo de realización plena, en que se acababan los problemas. Y es probable que la realidad, la realidad inevitable que exige que todo proceso tome su tiempo, al desvanecer esa ilusión haya creado una gran dosis de desencanto en vastos sectores juveniles, que se preguntan "bueno, ¿y esto era la democracia?".

Yo creo que las palabras del Padre Hurtado siguen teniendo vigencia. Si presentamos las grandes tareas que tenemos por delante, no sólo como verdades intelectuales, sino como realidades de vida, que claman solución sobre la base del esfuerzo colectivo, sobre la base de la disposición de todos a contribuir; si logramos entender y hacer entender a la gente que la tarea de construir una sociedad vitalmente cristiana, una sociedad donde impere realmente la justicia, donde seamos hermanos, si intentamos construir la civilización del amor, es una tarea por la cual vale la pena jugarse la vida, estoy cierto que los jóvenes de hoy, como los que conoció el Padre Hurtado, tienen la misma capacidad de amor y estarán dispuestos a dar su vida por esa tarea.

Es grande el desafío que los chilenos, como los pueblos de otras latitudes, tenemos en nuestros días. Lecciones vivas, como el testimonio del Padre Hurtado, son luces orientadoras para la acción de los hombres que quieren cumplir con su tarea de ayudar a construir en nuestro mundo el reino de justicia y amor que anhelamos.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

SANTIAGO, 17 de Agosto de 1992.

MLS/EMS.